

señores académicos míos! . . . Porque vosotros vais á marchas forzadas hacia un sillón de los inmortales. . . ¡inclitos luchadores del periodismo! . . . Sanche-te, con sus endemoniadas filosofías, es capaz de meter en un puño á Schopenhauer con todo y su «Mundo como Voluntad y como Representación» . . . Y vos, amado bardo . . . con esas metáforas dislocantes, elásticas y continuadas que suben, bajan, se agazapan y enriscan como un saltimbanqui en la onda tirante de equilibrios japoneses . . . vos escalaréis el Parnaso, pasearéis triunfante el verbo divino de la nueva poesía por el Himeto y bajareis hasta los humildes mortales con un ramo de laurel en la diestra y las simbólicas adormideras del Dante en la cabeza! . . .»

Y Federico hablaba, hablaba sin hilación ni resuello; tonante, majestuoso, extendiendo sus manos afiladas y aristocráticas de oficiante enaquel tugurio que su fogosa imaginación convertía en

templo sagrado del periodismo, donde él hacía de hierofante, con una desven-cijada silla por trípode; el Licenciado de Febo, con lentes ahumados y el literato de Apolo, sin lira y con asonantes . . .

El Licenciado no levantaba mano ni quitaba cabeza de las cuartillas; á tachón aquí y á enmienda por el otro lado, su pluma crujía bajo la fuerza nerviosa de sus dedos; las ideas se le iban del tinte-ro al papel; borroneaba toda una línea, y por encima de ella embutía con letra menuda la forma nueva del concepto; luego tiraba la pluma, cogía otra fla-mante, y vuelta á garrapatear con escri-tura gruesa y temblona las fatigosas elucubraciones de su excitado cerebro; atribuía á descompostura de la pluma lo que era torpeza de caletre . . .

Federico, el gran Federico, el procla-mado Federico, iba de uno á otro lado, con «La Bohemia,» de Enrique Müger, bien sobarcada, con doblez en la página en que suspendió la lectura; traía ahora

la barba nazarena, puntiaguda á la Boulanger; en el ojal del cuello, de un chaqué con largos faldones, la irreprochable flor, signo de elegancia supina; los lentes, sin cordón, fieramente montados en la nariz; derecho como un huso y deslizándose con augusto talante paseaba su altivez de empedernido bohemio por la polvosa estancia de la Redacción . . .

Cansado de sus paseos tomó una silla; púsose á horeajadas en ella, cerca de las cajas, en las cuales los obreros metían letras y cuadratines en los componedores con el rimero de cuartillas entintadas frente á sus narices . . .

«¡Voy á dictarte el artículo de fondo!» —ordenó Federico con voz potente á uno de los cajistas, acostumbrado á este ejercicio.

«¡Allá va el título!»
«Insolencia de la Prensa Amarilla.»
«Desvergüenza de las Autoridades.» «Virrus de la adulación y de la cobardía.»

«¡cobardía!»—repitió el cajista como si escribiera al dictado.

—«Atención al comienzo,—siguió Federico:

—«Es pasmosamente desesperante la mordacidad y estupidez de esa prensa insolente, llamada con verdad y por antonomasia amarilla; en su desdén para la justicia y en su desmedido afán de tapar el sol con un dedo, hace creer al pueblo; al verdadero pueblo; al pueblo sufrido; á ese pueblo que luchó por nuestras libertades en la cruenta guerra de tres años; á ese pueblo que arrojó con empuje bélico las intrusas huestes napoleónicas en la gloriosa jornada del 5 de Mayo; á ese pueblo que tomó á Querétaro y fusiló á Maximiliano en el cerro de las Campanas; hace creer á ese pueblo que las arcas están llenas; el crédito en bonanza; la Deuda Extranjera cubierta; el Comercio en auge; la Industria en progreso; la Agricultura en abundancia . . . ¡Mentira, mentira, mentira! Vol-

ved los ojos á los Presupuestos; consultad los tipos de cambio; ved lo eneroso de las contribuciones; lamentad lo paupérrimo de nuestra anémica industria; llorad sobre los campos yermos donde el ala funesta y avasalladora del águila del norte se cierne como sombra de muerte y, entonces, decidme si no es pasmosamente desesperante la mordacidad y estupidez de esa prensa insolente llamada con verdad y por antonomasia, amarilla.»

La puntuación iba marcándola Federico de viva voz, y al llegar aquí, tomó un cigarrillo, encendiólo nerviosamente, mientras el cajista metía y metía letras en el componedor.

La voz de Federico sonaba apocalíptica entre aquellas oscuras paredes; retemblaba en el cristal de las vidrieras; clamoreaba triunfante en los oídos atentos del Licenciado é importunaba y cortaba el vuelo á la entonces tímida inspiración del literato, que apenas si se levantaba

unos palmos del suelo, con aleteos gallináceos, al lado de la fuyente imaginación, desbandada y altanera del gran Federico, de Federico el Grande de la Redacción.

El Licenciado, por los sedimentos de una superstición gitanesca, achacaba aquella manera de escribir sin pluma ni tinta ni cuartillas á entrecada cosa de quiromancia y magia, muy lejos de su modo arcáico de mover la peñola; con todo el dolor de su corazón colocaba á Federico muchos pies arriba de la celebridad que creía tener alcanzada Sánchez Sanchete en el estadio de la prensa; se achicaba, se encogía y quedaba reducido á menos ante la afuente facundia, ante el chorro continuo de aquella ducha desbordante que caía lento, se desparramaba inundando las galeras apretadas de plomo certero, de plomo de imprenta que hiere, mata y triunfa en el fuego nutrido de una palabra vibrante, recia y contundente, sin el estruendo de los cañones ni el fragor de las descargas de fusilería.

El Licenciado resultaba un cazador de frases, citas y autores á tiro de perdigón; necesitaba del ojeo y de la emboscada; no se batía á pecho descubierto; el Diccionario era su baluarte y la reserva y la meticulosidad su táctica . . .

El literato se escondía entre filas en esta lucha del periodismo; para él no había milicia ni credo político, ni nada; su puesto estaba en el cuarto de banderas; allí hacía cuentos, zurcía versos y contaba chascarrillos; tan luego tenía el misticismo huraño de un anacoreta, como los lirismos románticos de un colegial. Recluta le llamaba Federico, y reclutase quedaba en aquel tiroteo de frases zumbantes, de ideas revolucionarias, de explosiones de dinamita y de toques de rebato del valeroso Federico.

Dejando el gran Federico la Redacción, volvía el Licenciado á su apogeo; salía de su mezquindad y se alzaba, altanero, sobre la escasa importancia del imberbe literato; entonces cogía la plu-

ma con rabia, agrupaba en su imaginación ideas incendiarias, que al vaciarlas en las cuartillas tenían el retumbo de petardos, la rápida iluminación de fuegos de artificios y el olor inofensivo de pólvora quemada en chispeos pirotécnicos.

A golpe seco, á empuje forzado, fuese el Licenciado trepando por las columnas tambaleantes de aquel periódico que Federico sacudía con su fuerza de Sansón, con la fuerza potente de su cabeza, en la cual ninguna Dalila había puesto sus traidoras tijeras, hasta que llegó Sanchete á la cima, jadeante, con los puños cerrados, la mirada hosca y la rebeldía en la boca: desde aquel instante en el frontis del diario se estampó con letras versalitas:

«Director y propietario: LIC. SANCHO SÁNCHEZ SANCHETE DE LA SANCHADA.»

Había triunfado en toda la línea . . . periodística; tenía á su disposición una hoja volante; podía contener el vuelo de águila de Federico y meterlo como á tí-

mida torcaz en el alero; especular la modestia vana y oblicua del literato, y ceñirse la severa toga juntamente con la férea crépida del filósofo griego

Federico se reveló contra las ironías del destino

¡Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada Director del diario!

¡Por vida de Santa Rita, abogada de imposibles! ¡Un imbécil, un ignorante que escribía orden con h, recordando quizás la horda á que pertenecía!

¡No volvería á escribir en tal papelucho venido á las manos de semejante mercachifle!

Y arrogante y digno y olímpico, Federico llevó su bandera á otro inexpugnable baluarte.

El Licenciado tenía el prestigio que da la dirección de un periódico, en estos tiempos en que algunos audaces se envuelven en él como en la túnica de Néso, para matar la opinión pública.

Con el periódico contaba para em-

prender la última campaña: tendería el señuelo á fin de que cayeran Illescas y su hijo; por de pronto, escribió un artículo condenando á los padres que abandonaban á sus hijos, negándoles lo más sagrado: el nombre que los salvaría del ludibrio En este artículo, largo, ampuloso, difuso, sacó á relumbrar su erudición de similor con brillos de pedrería falsa: Nerón y Agripina, Británico y Petronio, Julio César y Bruto; una comparsa carnavalesca de bufones de ópera que pasaban por aquellas líneas con túnicas desteñidas, cascós abollados, lanzas despuntadas y capas raídas; personajes vetustos, llenos del polvo de los siglos, que nada tenían que ver con Illescas y su hijo; gente intrusa, metida entre renglones para deslumbrar á los necios y hacer sonreír á los discretos.

De la edición en que apareció el artículo, con el provocativo título de «¿TU QUÓQUE, FILI MI?», remitió el Licenciado á Illescas diez ejemplares.

Esta fué su primera emboscada de filibustero de la prensa.

Esperó que Infanzón Illescas, hecho una bomba, entrara de un momento a otro en la Redacción, con el periódico desplegado en una mano y con un grueso garrote en la otra, desalado, fiero, repitiendo enérgico: «¡Tu quoque! . . . ¡Tu quoque!» . . . partiendo las palabras con los dientes y en peligro de cortarse la lengua, no acertando á repetir el «Tu quoque» por la fuerza del coraje . . . para al fin estallar como el rayo y como él dispararse para dar contra la formidable petulancia del Lic. Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada, no contra la frágil humanidad del endeble literato . . . Pero Illescas no daba señales de vida y el Licenciado maldecía de su suerte por haberle salido el golpe en vano; estaba dispuesto á recibir una paliza en cambio de que Illescas se alterara por el artículo; así habría dado en la herida y por allí se iba en línea recta á tratar del asunto.

«Si la montaña no viene á mí, yo voy á la montaña.» «Quien quiere va, quien no quiere, manda.» se dijo con un tono de convicción profunda, en su manía de hablar siempre por boca ajena.

Iré á ver á Illescas; sondearé el terreno; tanteearé el negocio.

El viaje me valdrá para colocar algunas subscripciones entre mis paisanos radicados en aquel lugar. Si pesco el asunto . . . ¡adiós de mis apuros de periodista pobre! . . . ¡Adiós suplicios de Tántalo, trabajos de Hércules y sofocos de Sísifo condenado!

Y su imaginación, briosa y desatada, corría, corría siendo acicate para acelerarla en la tendida carrera, la esperanza de atrapar una migaja del caudal del padre que buscaba á su hijo y del hijo que huía de su padre.

Estaba metido en este despeñadero, que su fantasía saltaba á campo traviesa, cuando el literato le alargó un periódico húmedo, oliente á tinta fresca, que

tenía á la cabeza, con letras gordas, este título: «EL REBELDE» . . .

Al través de las ideas del primer artículo sonaba la voz tonante de Federico, del gran Federico, rebelde contra todas las tiranías, indómito á todos los halagos Después el periódico ponía de oro y azul al Licenciado; le llamaba imbécil, torpe, ignorante y necio; huído de presidio y racimo de horca; se le arrojaban al rostro su ambición desmedida y su estupidez manifiesta; se le contaban sus deudas y se le hacía inventario de sus defectos personales

«¿Lucha quieren? ¡Pues la tendremos sin chartel, sin tregua ni descanso haré rí riza en el campo enemigo!»

Y el Licenciado cogió la pluma y escribió un artículo iracundo, soberbio, hiriente. Olvidó las citas y se expresó sin personajes históricos; la tinta era bils desleída y la pluma puñal envenenado . . . Los epítetos se atropellaban; se apela-

ban las injurias, pujantes, con la espuma en la boca y los puños cerrados Ni un tachón en aquellas carretadas de insultos, escritas de un plumazo, que para escribir de tales cosas no hace falta la retórica y estorba la gramática; se necesita del grito salvaje, del grito primitivo, que ulula y baladra, que pide destrucción y amenaza ruina Entonces el hombre de las cavernas aparece en su horrible y feroz desnudez detrás de aquellas letras que el odio y el despecho, la vanidad y el orgullo dictan y esgrimen . . .

El literato, muy para poco, se asustó de aquella erupción de injurias; quería huír el bulto; pero el Director, enérgico, imponente, le pidió que escribiera algo para el número en que salía el crudo artículo contra «EL REBELDE.» «Un artículo acerca del «Anónimo» que destile hiel y vinagre» — pedía Sánchez Sanchete al tímido literato.

Y para decidir al imberbe, que se deshacía en excusas, ofreció pagarle de allí

en adelanté á par de pesos por artículo lo ¡Valiente pero desusada paga en aquellos tiempos de periodismo por amor al arte! Y el literato apechugó con la tarea de arrojar piedras al tejado ajeno, y escribió un artículo declamatorio, increpando á los «anonimistas,» para firmarlo con un seudónimo terrorífico que asustaría al mismo Ravaehol

El Licenciado se afirmó los lentes en el caballete de su aguilena nariz; sacudió la melena con el ímpetu feroz de un león herido, y en su monomanía de citar latines, exclamó: «Noli me tângere.»

Aquella lucha acalorada; aquel discutir sin brújula ni acatamiento; aquella palabrería vana, hueca, repetida y chillona, en vez de calmar los nervios del Licenciado, los irritaban de tal suerte que su pluma era una catapulta por donde arrojaba proyectiles incendiarios y destructores al campo enemigo; en medio de este combate de pólvora sin humo, espe-

ra recibir alguna carta de Illescas que le hablara de aquel «Tu quoque» subversivo; pero la carta no llegaba por ningún correo y Sanchete de la Sanchada se afirmaba más y más en la idea del viaje; pero le detenía un escrúpulo: «Dirán mis enemigos que dejó la liza y abandono mi bandera.» «¡Eso jamás!» Y recitaba con voz bronca una tirada de dieterios que tenía esbozados para contestar á las calumnias de «EL REBELDE.»

El literato había escrito hasta quince artículos con púas como erizo y con un denostar asqueroso que daba punto y raya al más cumplido carretero. La lista de subscriptores aumentaba considerablemente; en las barberías, en los cafés, en los portales, en todas partes se disputaban los números recientes de los periódicos que andaban á la greña; para fuera iban también voluminosos paquetes; el insulto y la injuria, en ardoroso conubernio, fueron á manera de filón que explotó el Licenciado con no mala fortuna.

na; cuando su contrincante apagaba el fuego, él arrojaba la chispa contra el enemigo, obligándole á defenderse.

En tanto el literato, con todo y la liberal oferta del Director, no había cobrado una peseta de los quince artículos que como puños escribió en las horas de lucha culminante.

—Oiga vd., joven—le dijo el Director.

—¡Mande vd.!

—¡Escriba vd. un artículo, con metáforas contundentes, con injurias sin ruido, contra los agiotistas; duro, muy duro, con esa plaga, que el que sostiene «EL REBELDE» es un judío á quien le debo unos trescientos pesos con el interés del 8 por ciento mensual!

—Bueno; muy bien pensado; aplaude la idea; pero para escribir de agiotaje necesito dinero. . . . porque sin dinero no hay agio.

—¿Cuánto se le debe á vd., joven?

—¡Treinta pesos!—contestó el literato como si dijera treinta millones.

—¡Bah! . . . ¡una bicoca!—vd. escriba vd. el artículo y!

—¡Sin dinero no hay artículo!—exclamó el joven tímido en un inesperado arranque de entereza.

—¡Usted también se inso-

solenta!—gritó el Director.

—¡Si no me insolento!—¡Si cobro mi trabajo! . . .

—¡Treinta pesos por una carretada de palabrotas bur. . . . bur. . . . burdelescas!

—¡Pronto, ha . . . ha . . . hará vd. fortuna en ese camino, joven!

—¡No sé si haré ó no haré fortuna, ni es tiempo ahora de averiguarlo!

—¿Sabe vd. . . .?—¡lo que quiero son mis treinta pesos!

—¡Pues cóbreselos vd. al Administrador que no me ha ren-

dido cuentas hace tres meses!

—¡El Administrador me manda á vd., vd. me envía al Administrador, y entre Herodes y Pilatos no parecen los treinta pesos!

—¡Largo de aquí, ba . . . ba . . . ba . . . ba . . . dulaque!—aulló el Licenciado temblándole los lentes y extendiéndole la mano con aire amenazante.

—¡Me voy; pero vd. se acordará de mí cuando lea mañana «EL REBELDE!»—y el literato, paso á paso, arrogante en la primera vez de su insignificante vida, tomó la puerta.

—¡Ven . . . ven . . . venga vd. acá, joven! . . . ¡Cal . . . cal . . . ¡Cálmese, no se arrebatel . . . ¡Estos nervios me traen hace días insoportable . . . ¡Perdone vd. mis arran . . . mis arran . . . mis arranques, soy un atra . . . atra . . . atrabillado . . . ¡Atrabillario incorregible! . . . ¡La lucha! . . . ¡El combate! . . .

—¡Esto me saca de cajas! . . . Acérquese, joven, y tome vd. asiento . . .

Todo se arregla . . . arregla . . . arregla . . . arregla . . . Sea vd. razonable . . . razonable . . . ¡Así me gustan los hombres . . . que no sean rencorosos ni soberbios!

Ahora que está vd. sentado . . . que le

veo más tranquilo . . . hablaremos de nuestro periódico . . . de nuestro peñón glorioso, donde juntos hemos cobijado nuestras creencias y abrigado nuestros ideales . . . A fin de este mes se cobrará el segundo trimestre . . . Como las subscripciones han aumentado un setenta y cinco por ciento . . . al pago de los giros contra nuestros favoreedores foráneos y de los recibos de la localidad, me entrarán unos mil y pico de pesos . . . De aquí, pagados los operarios, cubiertas las facturas de papel . . . quedarán unos cientos de pesos . . . aparte del producido de los anuncios y avisos, y de Edictos y Circulares . . . Habrá para pagarle al judío los trescientos pesos sin intereses . . . porque eso de pagarle los réditos será lo que tase un sastre . . . Pero quiero por delante el artículo virulento acerca de los agiotistas! . . . ¿Me entiende Ud., joven? . . .—Sanhete clavó la mirada en el literato, y como lo viera indeciso, agregó:

—Ahora tome Ud. por vía de anticipo este billete de Banco—y le daba palmaditas cariñosas en el hombro—y espere un poco, es. . . . es. . . . espere un poco. . . . Y tenga mucha calma, joven. . . . mucha calma. . . . que la gran ciencia de la vida es saber esperar!

El joven dobló en cuatro partes el billete de \$5 que el Licenciado le había alargado, después de acaralarlo con el índice; metiólo en la bolsa de pecho del chaleco y se fué muy alegre echando cuentas galanas para el porvenir; sintiéndose vigoroso para la lucha y valiente y audaz para conquistar el mundo. . . . literario, mientras repetía las sentenciosas palabras del Licenciado Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada:

«Calma, joven, calma, que la gran ciencia de la vida es saber esperar!»

XIX



Querido tío, por aquí. . . . Déme Ud. el brazo. . . . pasemos á la acera de enfrente que en ésta calienta mucho el sol.

Apóyese bien en el bastón. . . . Cuidado con esa piedra! ¿Quiere Ud. entrar un ratito á la iglesia? ¿No? ¡Bueno, no insisto! Es verdad: Ud. oiría misa muy temprano! Descansaremos un poco. . . . está Ud. muy débil. . . . ¿Que adelante? ¡Bien, si Ud. lo quiere!

Y así, melosamente, solícitamente, conducía Sátrapa á su tío, hecho un esuerzo de puro flaco, á través de calles céntricas y de callejas solitarias para llevarlo al escritorio, donde era esperado por el forastero.

—¡Oh, señor Illescas, cuánto gusto de verle! ¡Amigo Sátrapa, pase Ud., pase Ud!